



HAL
open science

Europa Mediterranea y América Latina

Daniel Borrillo, Mario Gatti

► **To cite this version:**

Daniel Borrillo, Mario Gatti. Europa Mediterranea y América Latina: Un proyecto comun de civilizacion. 1993. hal-01240850

HAL Id: hal-01240850

<https://hal.science/hal-01240850>

Submitted on 9 Dec 2015

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Europa Mediterránea y América Latina:
un proyecto común de civilización¹
por Daniel Borrillo y Mario Gatti

Asistimos en este final de siglo a lo que Edgard Morin dio en llamar "la planetarización del mundo". A partir de la post-guerra el espectacular avance de las comunicaciones hizo que, de alguna manera, nuestro planeta se convierta en una aldea. Ya no existen distancias imposibles de franquear y en algunas horas podemos encontrarnos en cualquier lugar del globo o recibir información inmediata de lo que suceda en el extremo contrario de donde nos hallamos. Este nuevo fenómeno nos pone frente a una suerte de revolución cuyas características empezamos a entrever y cuyas consecuencias son imprevisibles.

La manifestación más emblemática de esta revolución son los crecientes procesos de integración regional. Los complejos sistemas de interrelación y dependencia recíproca, han hecho tomar conciencia a los Estados acerca de la necesidad de

Debido a las connotaciones que el término "civilización" puede tener en América Latina nos vemos en la obligación de explicar lo que queremos expresar cuando hablamos de civilización. En efecto la supuesta "misión civilizadora" de la Europa imperial ha cargado este término de una significación asaz negativa en América. No utilizamos aquí "civilización" en el sentido de cultura blanca opuesta a los pueblos salvajes tales como fueron analizados desde las potencias coloniales. Utilizamos, en revancha, este término en su sentido originario, es decir el que lo relaciona con cultura general, con entramado social y comunitario que define formas de ver el mundo y subsiguientes maneras de vida. Civilización es vida, es vida con otros, con el Otro en tanto que Alteridad. Es el conjunto de proyecciones individuales que permiten referirse a la existencia común y comunitaria. No existen pueblos más civilizados que otros. Existen sí civilizaciones que corren riesgos de extinción. Cuando nos referimos a un proyecto común de civilización de Europa Mediterránea y América Latina estamos pensando en ese entramado cultural del que formamos parte y al que estamos viendo desaparecer por la prepotencia de una cultura tecnológica, homogeneizadora, masificante y economicista tal como se nos presenta hoy día la civilización dominante.

organizar políticas comunes y trascender sus propias fronteras. Si Europa aparece como la protagonista del proyecto más acabado de integración, las experiencias norteamericana, este-asiática y latinoamericana no son menos significativas.

Ante el creciente predominio de la *ratio* económica en dichos procesos de integración es necesario recordar las motivaciones originarias que llevaron adelante esta idea. Así, la primera creación institucional del proceso de construcción europea fue el Consejo de Europa con sede en Estrasburgo (1949). La principal misión de dicho organismo consiste, desde entonces, en favorecer el desarrollo de la democracia y los derechos humanos en el continente. La Comunidad Europea del Carbón y de Acero (CECA) nació en 1951 como un instrumento de interrelación económica que permitiese evitar la reproducción del escenario bélico en que se habían sumergido los pueblos de Europa. Se anudaban entonces de tal forma dos elementos esenciales de la economía (el acero y el carbón) que se hacía casi imposible el desenlace de un nuevo conflicto armado. Notemos que la idea que dió vida al proceso integrador en Europa no surgió de un imperativo económico sino de una elección política: la "*pax europea*".

Fue necesario asistir al horror y la barbarie para poner en marcha mecanismos políticos que nutrieran una paz estable. Evidentemente la paz trajo consigo la reconstrucción y la prosperidad. Si el Plan Marshall se reveló como un motor impresionante para la superación de la crisis y la reactivación económica, la filosofía de los derechos humanos permitió la plena concientización de los valores democráticos. Pero, gradualmente, a medida que la integración avanzaba, la situación se iba revirtiendo. La economía no aparecía ya como instrumento idóneo de garantía de la paz y de lo que ella implica, la democracia y la vigencia de las libertades públicas... sino que se había ido convirtiendo en una *ratio per se*. Razón necesaria, claro está, pero ciertamente insuficiente para garantizar por sí misma una integración exitosa. Así la *ratio* económica pretende reemplazar al ideal político y se nos presenta como un saber "científico"

que tiende a convertirse en monopolístico y exclusivo². La economía aparece progresivamente, bajo esta lógica, como el principal discurso y el de mayor seriedad. Ajuste, crecimiento y empleo son dogmas de fe predicados desde los escritorios oficiales. A ellos debemos adherir so pena de sufrir las catástrofes que desde los mismos despachos se auguran.

Al ideal de integración, de movilidad de personas, de encuentros, de enriquecimiento en la diferencia, de comercio y cultura, se ha substituido una gestión de mercancías, controles monetarios y armonizaciones en las políticas de consumo. La economía se presenta entonces como el motor, el fin y el medio de toda acción política. El *homo economicus* eclipsó a las demás variadas dimensiones de lo humano.

Creemos que existen otros motores tanto o más importantes que la economía capaces de incentivar procesos de integración. A estos otros motores los hemos denominados "proyectos civilizadores". La lengua, la religión, las artes, conforman junto con el sentir, los pareceres, los *modus vivendi*, por citar sólo algunos

² Cuando la economía toma las dimensiones desproporcionadas que ha tomado en el Occidente desarrollado se convierte en la principal enemiga de la política. Este proceso de cientifización del discurso económico y su pretendida capacidad para reemplazar al ideal político tiene sus orígenes en el nacimiento del liberalismo y su consolidación en la teoría marxista. En efecto tanto el liberalismo como el marxismo han constituido intentos de reducir la política a la dimensión puramente económica. Como lo ha puesto de manifiesto Rosanvallon, el nacimiento del liberalismo económico no ha sido solamente una teoría -o una ideología- que acompañaba el desarrollo de las fuerzas productivas y el ascenso de las burguesías. Se debe ante todo comprender al liberalismo como una respuesta a los problemas irresueltos por los teóricos políticos del contrato social. Es en esta perspectiva que debe aprehenderse el concepto de "mercado". Es primero un concepto sociológico y político que se opone al concepto de contrato. La afirmación del liberalismo económico traduce la aspiración a la emergencia de una sociedad civil inmediata, autorregulada. En una *sociedad de mercado* es el mercado (económico) y no el contrato (político) el verdadero regulador de la sociedad. La misma lectura podría hacerse del marxismo donde la emergencia de la sociedad civil se produciría no ya por la ley del mercado sino por la dialéctica de la Historia.

elementos, un entramado cultural que de no tenerse en cuenta debidamente expone a las poblaciones a situaciones traumáticas. Esta dimensión culturalista que pretendemos defender en nuestro análisis debe ser considerada necesariamente desde una perspectiva histórica.

Al ser presentada como una ciencia exacta, la economía pierde su historicidad. Sus presupuestos y resultados se nos imponen entonces por la fuerza de su cientificidad y pretendida universalidad. La alternativa de introducir en nuestro análisis a la economía en tanto que ciencia humana nos permite relativizarla y darle la dimensión que histórica y culturalmente ha ocupado en nuestra civilización latina. Recordemos a título ilustrativo que, en la estructura política del Imperio Romano, las relaciones comerciales ocupaban una parte menos relevante que las relaciones civiles. La economía gozaba de un estatuto puramente doméstico y fue necesario llegar al siglo XVIII para que se desarrolle una disciplina con las dimensiones y características de la economía contemporánea³. La aproximación de este saber a las matemáticas, la estadística y la teoría del cálculo no es un proceso inocente. Frente a la verdad económica sólo cabe la adhesión, no es posible ya cuestionar el porqué y se concede simplemente la libertad de escoger el cómo hacer lo inexorable. Al presentar una "ley" económica en tanto que ley científica se cortocircuita toda posibilidad de diálogo y disenso. La política se reduce, de esa manera, a una simple gestión monetaria y administración financiera.

Ante el imperialismo de esta pseudo-ciencia entendemos necesario partir del presupuesto constructivista y considerar la economía como una ciencia social sujeta a los avatares propios de las disciplinas humanistas. No partiremos entonces de la economía para llegar a la integración (como proponen Maastrich,

³ Es precisamente en el siglo XVIII cuando Quesnay publica su *Tableau Economique* y Adam Smith presenta las *Investigaciones sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, puntos de partida de la "ciencia económica" moderna.

N.A.F.T.A., Mercosur, etc) sino que tomaremos otras variables, por lo general olvidadas o presentadas simplemente como declaraciones de buenas intenciones, que a nuestro parecer están más próximas de las preocupaciones y sentires de las personas que, en definitiva, son los protagonistas de las políticas de integración.

Los modelos disponibles y que nos llegan desde el Norte hacen de la economía un discurso central cuyo trasfondo deja entrever la idea de un hombre sólo movido por el interés y el consumo. Al ideal de *citoyenneté* propuesto por la Francia republicana, las repúblicas del Norte han elaborado el modelo del consumidor. No es en tanto que ciudadano que se piensa al hombre político sino más bien como productor y comprador. Su dignidad no pasa tanto por su lugar en la "polis" sino por su capacidad de producir y consumir.

No nos corresponde a nosotros criticar estos procesos ni es éste el lugar para hacerlo. Quizás ellos funcionen en el Norte y, de hecho, los resultados están a la vista. Pero poco o nada tiene que ver ello con la civilización del Sur. Existe, contrariamente, una unidad en el diseño de civilización que compartimos los hombres y mujeres de Europa Mediterránea y de América latina. Latinidad, Mediterraneidad, elementos enriquecidos con la Indianidad y la Africanidad, son pues los ejes en torno a los cuales gira nuestra identidad y nuestro destino común⁴. En un mundo donde los valores del Norte tienden a convertirse en hegemónicos debemos más que nunca reconocernos en los nuestros, bajo riesgo de uniformizar al planeta.

⁴ No utilizamos el término identidad en el sentido de origen o unidad clara y distinta. Ni Europa ni América pueden pensarse a partir de un origen fundante sino desde una concepción múltiple y compleja. Debemos reflexionar teniendo en cuenta lo que Carlos Fuentes dió en llamar el "milagro del mestizaje". Toda noción de esencia u origen donde no había división ni antagonismo es puramente mítica. Proponemos, por el contrario, pensar desde el conflicto y la complejidad. Como sugiere E. Morin, se trata de "pensar la identidad desde la no-identidad".

Europa Mediterránea y América Latina no pueden ni deben entrar en competencia con los países del Norte. La carrera desenfrenada en procesos de modernización ubicaría a estas regiones, como es ya el caso, en la situación de primos pobres de los países centrales. Todo desarrollo económico y tecnológico debe producirse dentro de un marco histórico-cultural al cual necesita supeditarse. Si el capitalismo eficientista y puritano parece haberse impuesto en la mayoría de los países, ello no implica necesariamente que el modelo goce de buena salud. Así, la imposibilidad a la que se ven sometidos los países del Sur para desarrollar esquemas similares al norte no responde a fallas del sistema o a incapacidades de los individuos, sino más bien a cuestiones de índole cultural. No existen razones capaces de convencernos de que las sociedades latinas deban realizar esfuerzos enormes para organizar sus interrelaciones a partir de tales modelos. La historia no es la misma, los valores y la cosmovisión difieren entre estas dos culturas.

En lugar de obstinarse en querer importar *ways of life*, deberíamos detenernos a reflexionar sobre el potencial de civilización con que contamos, del que somos parte y en el cual encontraríamos un entorno más armónico con nuestra percepción del mundo y de la vida. Este artículo no pretende ser más que una pausa, un momento de reflexión compartido, en donde podamos, al menos, imaginar la sociedad en la que queremos vivir.

Tres reflexiones centrales definirán el desarrollo de nuestro comentario: La historia común, la cultura común y los valores comunes. Insistimos sobre el sentido que damos a la expresión "común". No debe, en ningún caso, interpretarse este término como sinónimo de unidad consensual, lineal y pacífica. Por el contrario el área mediterráneo-latinoamericana está marcada por una comunidad de conflictos, de tensiones, a veces irresueltas, de sinuosidades y complejidades que signan nuestro carácter

mestizo y bastardo⁵. Desde allí precisamente nos ubicamos para pensar la unidad múltiple del Mediterráneo y de América Latina⁶.

I La historia

Tomar el Mediterráneo como punto de partida para este ensayo nos viene impuesto en buena medida por su historia, por nuestra historia. Los pueblos que a su vera han sido nos evocan continuamente la multiplicidad. El Mediterráneo no es un "mar cerrado ni carente de islas como el mar Caspio sino que bajo su sol conviven las miríadas rocosas del Egeo junto a la suave e

⁵ El *carrefour* mediterráneo se reproduce con vigor en América Latina. No fue tanto la anexión de una cultura lo que se produjo sino más bien una incorporación que dió lugar a nuevas realidades. Lo español y portugués se mezclaron con lo indígena aún muy presente en países como México y Perú. El Brasil y los pueblos del Caribe recibieron el aporte fundamental del Africa Subsahariana. Argentina, Uruguay y en menor escala Chile y el sur del Brasil se enriquecieron con la llegada masiva de italianos. Piénsese, por ejemplo, que "la proporción de inmigrantes sobre la población original era en la Argentina la más alta del mundo: en 1895 alcanzó el 25,5 por ciento, en 1914 el 30 por ciento, mientras que en Estados Unidos aún en las épocas de mayor flujo migratorio la proporción de la población extranjera sobre la total nunca llegó a un 15 por ciento". (Gallo, E., Cortés Conde, R., *Historia Argentina, la república conservadora*, Paidós, Buenos Aires, 1984, p. 166.)

Recordemos las palabras de Octavio Paz cuando ante un auditorio de españoles exilados en París en 1951 dijo: "Quisiera destacar otro rasgo, precioso y original entre todos, capital para un hispanoamericano: la defensa de las culturas y nacionalidades hispánicas. La lucha por la autonomía de Cataluña y Vasconia posee en nuestro tiempo un valor ejemplar y polémico. Contra lo que predicán las modernas supersticiones políticas, la verdadera cultura se alimenta de la fatal y necesaria diversidad de pueblos y regiones. Suprimir esas diferencias es cegar la fuente misma de la cultura. Nada más estéril que el "orden" que postulan las ideologías; se trata de una visión parcial del hombre, de una camisa de fuerza que ahoga o degrada la libre espontaneidad de los imperios, los pueblos españoles rescatan la noción de anfictionía. Esta es la única solución fecunda del problema de las nacionalidades hispánicas, dentro del cuadro de una nueva sociedad. No fue otro el sueño de Bolívar en América". Citado por R. Mesa, "Disgregación e Integración" in *Iberoamérica una comunidad*.

ininterrumpida planicie del Jónico. Sus extremos lo unen a otros mares, conectándolo con otros mundos, y toda su diversidad se ha visto acompañada repetidas veces de una variedad de pueblos que convivieron en sus orillas.

En la Antigüedad el Mediterráneo no sólo albergó diversas culturas sino que ya entonces las conectó posibilitando una suma de conocimientos cuyo primer paso fue la llegada del alfabeto de Fenicia a Grecia. Si Pompeyo acabó con la piratería, y la *Pax Romana* incluyó íntegramente al *Mare Nostrum* en los dos primeros siglos de nuestra era, la historia anterior del Mediterráneo, salpicada por conflictos y enfrentamientos no fue una historia de exterminios. En sus riberas siempre hubo lugar para todos. Cuando a partir de una guerra de conquista algunos pueblos fueron esclavizados -fenómeno usual en la Antigüedad- esos hombres, que se rindieron para preservar su vida, encontraron en el Mediterráneo una razón para seguir viviendo.

Aparentemente la Edad Media nos da la visión de un Mediterráneo fragmentado. Primero entre el rico Oriente bizantino y los bárbaros reinos de Occidente y luego entre el Norte cristiano y el Sur musulmán. Ha quedado superada la hipótesis de que la expansión islámica supuso el fin del comercio, aunque el estancamiento de Europa Occidental no le haya brindado entonces grandes cosas que comerciar. El Califato de Bagdad, el Imperio bizantino, Al Andalus -por entonces el mundo desarrollado- continuaron sus contactos e intercambios, no sólo de objetos, también de personas, fundamentalmente artistas, pero sobre todo de ideas.

Cuando Occidente retomó el camino de la expansión económica desde el siglo XI, junto con el intento de conquista política, materializado en las Cruzadas, se desarrolló un creciente comercio, a pesar de las prohibiciones papales, fácilmente salvadas a cambio de una tasa en dinero... con el objeto de reunir fondos para una nueva cruzada que, obviamente, nunca se realizó. Ciertamente la relación de fuerzas no permitía una "re-

conquista" de la ribera sud, pero esto no condujo a la mutua indiferencia entre las dos culturas sino a la prosecución de los intercambios interrumpidos a veces por guerras que buscaban mejorar las posiciones relativas de los rivales, pero nunca el exterminio del otro.

a) La "invención de América"

El descubrimiento de América relativizó la importancia estratégica del Mediterráneo, pero no la anuló. Las luchas por la posesión de Italia, la administración de la crisis del imperio Otomano por las grandes potencias, revelan que su decadencia no era tanta como para dejar indiferentes a los países "atlánticos". El Mediterráneo goza de una importancia estratégica estructural, pero sólo un daltonismo mental nos llevaría a ignorar todo lo que sus aguas nos dicen.

América fue colonizada por europeos de todo tipo, fue cristianizada y desde luego también explotada. En la vastedad de sus territorios muchas realidades nuevas han emergido. Si el primer encuentro en las Antillas implicó la desaparición de casi toda la población indígena, la suma de unos y otros dio lugar, voluntariamente o no, a la nueva realidad del mestizaje, principalmente en las zonas más desarrolladas de América, en los actuales México y Perú.

Los países ibéricos que capitaneaban la colonización eran tanto mediterráneos como atlánticos, garantizando la llegada de valores del *Mare Nostrum* a Hispanoamérica: su lengua, su religión, su arte y su forma de pensar fueron sus vehículos. Y entonces hubo un espacio para el cuestionamiento. "¿Con qué derecho habéis desencadenado una guerra atroz contra estas gentes, que vivían pacíficamente en su país? ¿Porqué los dejáis en semejante grado de extenuación? Vosotros los matáis al querer que cada día os traigan oro, ¿Y qué cuidado tomáis en instruirlos en nuestra religión? ¿Acaso no son hombres? ¿Acaso no tienen una razón, un

alma? ¿Es que no tenéis deber de amarlos como a vosotros mismos? Estad seguros de que en estas condiciones no tenéis mayores posibilidades de salvación que un moro o que un turco". Así denunciaba la nueva realidad el dominico Antonio de Montesinos en 1511. Su prédica fue punto de partida de una profunda reflexión en la primera mitad del siglo XVI. Por su lado, Bartolomé de Las Casas, próspero colono de Santo Domingo y Cuba, procuró reformar el sistema colonial desde adentro, desde la realidad de la conquista, al punto de renunciar en 1514 a su propia y floreciente encomienda. Ciertamente sus intentos de reforma fracasaron y ese fracaso lo llevó con el tiempo a condenar cualquier sistema político que buscara sustituir las soberanías indígenas, aunque dentro de este sistema se reconozca la soberanía teórica del emperador.

La Corona española reunió a un grupo de teólogos y les planteó el problema en 1512. La justificación encontrada entonces a la conquista fueron las bulas de Alejandro VI quien, como vicario de Cristo, tenía el poder supremo sobre los infieles, poder que él delegó en los reyes españoles. De allí surgió el "Requerimiento", una fórmula por la que se "requería" la sumisión de los indios a la corona española, cuyo rechazo justificaba el comienzo de las hostilidades. Así parecía resolverse la cuestión formal, aunque la realidad de la explotación siguiera allí, pero, tras la conquista de México y Perú, los cuestionamientos reaparecen.

Esta vez se trata de un profesor de la Universidad de Salamanca, don Francisco de Vitoria quien sostuvo que antes de la conquista los indios tenían un poder legítimo, que ni el pecado ni la herejía podían destruir, pues se trataba de un derecho natural. Pero además negó la facultad del papa de disponer de los bienes indígenas, ya que su poder era espiritual y no temporal. Vitoria denunció también la hipocresía del Requerimiento, leído usualmente a grupos de indios rodeados de soldados españoles: "los bárbaros no creerán si la fe no les es presentada de un modo conveniente. Pero yo no he oído hablar de milagro alguno, ni de

signos, ni siquiera de una vida religiosa ejemplar, sino que, por el contrario, sólo oigo hablar de escándalos, de crueldades criminales y de múltiples impiedades". En consecuencia, no se podía hacer la guerra a los infieles, sólo por el hecho de serlo. Una guerra justa no puede ser el fundamento de una conquista. Sin embargo, devolver América a los indios hubiera sido entregarla a otras potencias europeas, y en esto la realidad no fue modificada. Pero de toda la polémica se afirman el derecho de los indios a recibir la evangelización, su genuina condición de hombres y por lo tanto de iguales (al menos ontológicamente) de sus conquistadores. La escuela de Salamanca continuó explorando la línea de Vitoria y así Juan Roa Dávila sostuvo que la última causa o título de la conquista se reducía a la elección libremente consentida de los pueblos indios. Se trata de un consentimiento voluntario y sin coacción. En la segunda mitad del siglo XVI, pues, la cuestión quedó cerrada.

La relación entre España y América volvió a mostrar el valor de la convivencia. El siglo XVII, de la mano del barroco y de la "decadencia" ve crecer no sólo el comercio de las Américas entre sí, sino también la participación de los criollos en el gobierno americano que accedieron a él por la puerta abierta de la venta de cargos. El tratar a las Indias como reinos equiparables a los peninsulares no parece que fuera sólo una formalidad, ni hacía temer en las autoridades el surgimiento del ansia de independencia de los americanos, que en ese contexto equivaldría a una guerra civil. Pero el Mediterráneo había pagado el tributo al Norte. El Norte cuestionó los valores latinos y en esa duda acerca de si los países más "adelantados" en el capitalismo estaban en lo cierto, los reinos peninsulares comenzaron a valorar a las Indias como colonias, apéndices al servicio de las Metrópolis, al ejemplo de los modelos inglés y holandés.

El siglo XVIII es testigo de esta mutación, ve el reemplazo de la negociación por la fuerza y empuja a la separación de las colonias de su metrópoli. El cambio de actitud no se debió a la llegada de los Borbones ya que fueron aceptados sin problemas en

América, sino que desde mediados del siglo XVIII, la corona española desarrolló un proceso de desamericanización de la administración colonial.

Tras la independencia, las repúblicas latinoamericanas consolidan con las potencias dominantes el nuevo pacto colonial, sea bajo la égida de los Estados Unidos o de la Gran Bretaña. Este pacto tácito consistía en proveer al mercado mundial algún producto primario con el cual financiar las importaciones de todo lo que se necesitase. Casi todo el siglo XIX transcurrió hasta que llegara a consolidarse el modelo hacia 1880. España, entre tanto, seguía siendo la potencia imperialista en Cuba y Puerto Rico y se tomó su tiempo antes de reconocer la independencia de sus ex-colonias. Justamente la independencia cubana y el desalojo español del Caribe dejaron a los países de su ribera más expuestos aún ante su gran vecino lo que quedó explícito, cuando en 1902 Inglaterra, Francia e Italia bloquearon los puertos venezolanos como presión para cobrar sus deudas. Si la Argentina reaccionó con la "Doctrina Drago" según la cual se proclamaba inaplicable el uso de la fuerza militar al cobro de acreencias, los Estados Unidos emitieron el corolario Roosevelt a la "Doctrina Monroe", según la cual, si algún Estado latinoamericano se convertía en deudor crónico, se reservaban el uso de la fuerza para que ejecute las reformas necesarias, aunque fuesen en beneficio de acreedores europeos y no yankees. Munidos de este arma, llovieron las intervenciones norteamericanas en el Caribe en los siguientes treinta años, sea por motivos económicos como políticos.

Halperin Donghi señala que los latinoamericanos "parecían advertir con cruel claridad que esas imperiosas exigencias de pureza política sólo eran llevadas adelante sin desfallecimientos cuando servían de justificativo para la conquista de muy concretas ventajas para intereses norteamericanos". El país del norte presionó a lo largo del siglo XX en favor de una

⁷ op. cit. pag. 285.

organización que nucleara los Estados americanos, objetivo cumplido con la creación de la OEA, tras la Segunda guerra mundial. Allí su hegemonía se tiñe de democracia y el resultado es la legitimación de sus políticas. Pero el precio para lograrlo fue el cambio de la "política del garrote" a la del "buen vecino", factible cuando se afirmaron en los países caribeños fuerzas armadas locales fieles a la Metrópoli haciendo la intervención directa innecesaria.

Con ser tan notoria, la influencia norteamericana sobre los Estados latinoamericanos excedió y excede el marco de la OEA. Excede aún el manejo de sus economías desde el Fondo Monetario Internacional, excede la coordinación de las fuerzas armadas que si antes eran anticomunistas ahora devendrán un cuerpo antidroga, a falta de otro enemigo a la vista. Excede todo esto porque se ejerce también en lo cultural, principalmente a través de su cine, que, además de un negocio, cosa no cuestionable en sí, es un vehículo de valores, de sus valores, que no se reducen al dinero, sino que nos muestran su mundo dividido en héroes y villanos donde siempre ganan los mismos, donde la policía tiene un comportamiento ejemplar, donde todo es tan simple, donde el tiempo es oro y nunca hay tiempo para uno, porque el oro es siempre para otro. En ese mundo donde todo es espectáculo podemos ver su heroicidad protegiendo el planeta con los mismos criterios que a principios de siglo protegían América Latina. Justamente porque las cosas no ocurren por casualidad, porque creemos que esto no es inexorable proponemos aunar esfuerzos a ambos lados del Atlántico para defender nuestros valores comunes, valores sobre los que, a continuación, nos detendremos.

II La cultura

Si tomamos la unidad de medida propuesta por las administraciones dominantes resulta evidente el atraso y subdesarrollo de los países del Sur. Si la cultura a considerar es la científico-técnica o la económica no tenemos más que aceptar nuestra

situación de inferioridad. En cambio, si extendemos el parámetro e imaginamos otros referentes culturales encontraríamos un prisma de elementos que constituirían indudables ventajas comparativas. Está claro que, por ejemplo, si España considera en su relación con América Latina sólo los aspectos económicos, los lazos que se crean son de una ciera fragilidad. El Reino no encontraría en sus antiguas colonias más que clientes pobres con los cuales resulta más o menos penoso comerciar. En revancha, si la calificación de la relación pasase por aspectos lingüísticos o valores literarios, esta se convertiría en un intercambio de insospechadas riquezas.

a) Del espacio castellanoparlante al universo latinofónico

Pocas lenguas como el español se extienden en el planeta. El español es la primera lengua materna de Occidente, esto hace que resulte la más dinámica, la que incorpora más términos nuevos cotidianamente. Si pensamos en la literatura, América Latina aportó al castellano un caudal de vitalidad y una estética renovada. Hombres como Borges, Vargas Llosa, García Marquez, Neruda o Cortázar han llevado la lengua española a la más alta expresión; sin hablar de los premios nobeles con los que América Latina honró la lengua de Cervantes. Además, es cierto como dice Neruda "que los conquistadores se llevaron el oro, que ya es polvo remoto, y nos dejaron el oro de las palabras". Latinoamérica debe a España el goce de las grandes iluminaciones de Manrique, Lope, Garcilaso, la sabia gracia de Don Quijote, las lágrimas de Bécquer, las sentencias de Unamuno y el encantamiento de García Lorca. Estas deudas recíprocas hacen de nuestras lenguas nuestra patria³. Si el español es la primera lengua en el

Celebramos la iniciativa del Instituto Cervantes de organizar en México el primer congreso internacional sobre la lengua española en 1994. Cada tres años una ciudad hispanoparlante será sede del evento. Iniciativas de este tipo deben no solo multiplicarse sino coordinarse con otras del universo latino a fin de formular una verdadera política de la latinofonía.

espacio latinoamericano no debemos olvidar al portugués. En el marco del Mercosur una interesante política lingüística se está llevando a cabo. El español será segunda lengua en el Brasil y esperamos que el portugués sea también lengua obligatoria en la enseñanza de los países de América del Sur. Más allá de las relaciones luso-castellanas es necesario desde ya pensar en una política de la latinofonía en la que se incluyan además del castellano y el portugués, el francés, el italiano y el catalán. Es hora de establecer una estrategia de "diplomacia cultural" fundada en la acción integrada de los diferentes institutos del sur de Europa. La Alliance Française, la Dante Alighieri, el Instituto Camoes y el Cervantes debieran coordinar sus acciones para abrir los espacios culturales de la latinofonía.

Pero con toda la importancia que tienen hoy día los idiomas mencionados sería avaro de nuestra parte restar méritos a las otras lenguas nacidas a orillas del *Mare Nostrum*. Una de ellas, hoy desaparecida, es la lengua de Oc que sirvió de vehículo a la literatura provenzal. En efecto, en los siglos XII y principios del XIII, surgió en el sur de Francia, desde Toulouse hasta los Alpes una cultura que, si ya antes era distinta a la del norte del reino, se impregnó de caracteres específicos que hicieron de ella el núcleo original de la *courtoisie*, del amor cortés. Fue en la lengua de Oc que se expresaron los trovadores, quienes otorgaron un espacio a la mujer en el mundo viril de las guerras feudales que vivía Europa occidental por entonces. También derivada del latín, esa lengua revalorizó el término "amor" que durante la Edad Media había sido equiparado a lo que hoy llamaríamos "pasión" y permitió romper la estrecha mentalidad feudal restringida a un universo casi exclusivamente masculino. Al permitir el juego social de la mujer, quien primero aparece en la ventana rodeada de sus doncellas, que luego llega a compartir la mesa con los señores feudales, que se convertirá en objeto de seducción por parte de ellos para dejar de ser un artículo en un contrato entre otros hombres, la cortesía revolucionó los usos y costumbres occidentales ya que los trovadores cantaron el nuevo ejemplo por doquier.

Con la excusa de reprimir la herejía albigense, esta peculiar cultura del Mediodía francés fue reprimida por una cruzada (;como si de infieles se tratara!) impulsada desde Roma por el papa Inocencio III. Efectivamente la herejía albigense fue exterminada, los catalanes fueron expulsados de casi todos sus dominios ultrapirenaicos, la literatura cortés fue desapareciendo, pero en lo sucesivo para la Iglesia la mujer sería no sólo heredera de Eva sino también de María. El culto marianista pudo entonces surgir, afirmarse y expandirse por toda la cristiandad.

b) El catolicismo como estética popular

No solamente la lengua sino también la religión ofrece una ventaja comparativa. Aunque tanto Europa Mediterránea como América Latina vivan un proceso de laicización, el sentimiento católico continúa siendo el trasfondo de la espiritualidad. No nos referimos aquí a la institución romana, harto incongruente y en muchos casos nefasta, sino a la fe común de los pueblos del Sur. Si el Norte se caracteriza por una ética protestante, el Sur se diseña en la estética católica. Catolicismo sincretista y festivo. Exuberante y catártico, como podemos comprobarlo en las peregrinaciones andaluzas o en los ritos andinos. Catolicismo que profesa la creencia en un Dios absoluto pero que en la práctica se transforma en encrucijada de relaciones clientelares con los santos. Este modo peculiar de religiosidad no surgió de la nada y no es seguido por casualidad en Hispanoamérica. Esta religiosidad hunde también sus raíces en el Mediterráneo.

Hablamos de religiosidad y no de religión ya que nuestro referente -el Panteón romano- no parece tener nada en común con el misterio trinitario propio del cristianismo. Sin embargo, la forma en que el pueblo se relacionaba con los dioses romanos no parece diferir mucho de la que hoy mantiene con los santos en el catolicismo. Aquella era una relación bastante contractual; se le pedía a Zeus -Júpiter- y se le prometía algo a cambio. Si el

dios cumplía, el fiel cumplía. El modelo de las relaciones con los dioses estaba basado en las relaciones políticas y sociales, por eso se podía romper con ellos. Paul Veyne describe la reacción de la multitud tras el fallecimiento de Germánico (príncipe muy querido, en la línea sucesoria de Augusto): lapidar los templos⁹. Pedirle a Zeus era sólo una de las muchas posibilidades, se podía pedir a los dioses de la ciudad propia o a los de otra, o a un dios extranjero. Se trataba de una cuestión personal del demandante, quien podía cambiar de dios hasta conseguir que alguno satisficiera su pedido. Esto no quiere decir que aquel paganismo careciera de dimensión ética, ya que el beneficiado confiaba que lo había sido, justamente por ser bueno. Esta forma de religiosidad tan flexible otorga mayor margen de libertad al creyente. Aquel clientelismo no en vano precede al clientelismo del santoral cristiano, justamente por una política deliberada llevada a cabo por el papado desde el tiempo de Gregorio I (590-604) quien en sus cartas a los obispos que evangelizaban Galia e Inglaterra les recomendaba mantener aquellas fiestas paganas que no incurrieran en sacrificios "cristianizándolas", adjudicándolas en lo sucesivo a un santo o un mártir. Su habilidad para hacerse obedecer por los reyes bárbaros a quienes se dirigía como "hijos muy queridos", en tanto que trataba de "Señor Emperador" al basileus bizantino, le sirvió también para imponer la liturgia romana en Occidente. Liturgia que presentaba ideas por medio de gestos, cuya comprensión quedaba al alcance de todos, liturgia llena de teatralidad y destinada a un perdurable porvenir¹⁰.

Pero ese catolicismo externo, popular y tolerante se encuentra hoy socavado por la exportación de innumerables sectas de iluminados que en nombre de la divinidad introducen un puritanismo conservador y fanático que responde más a una

⁹ Ariès Ph., Duby, G., *Histoire de la vie privé*, I, Seuil, París, 1985.

¹⁰ Ullmann, W., *Historia del pensamiento político en la Edad Media*, Ariel, Barcelona 1983, p. 51 (1ª ed. inglesa 1965).

política de dependencia que a un llamado a la liberación¹¹. Así recuperar al catolicismo como elemento de cohesión de los pueblos latinos no implica reivindicar la institución eclesiástica. No se trata entonces de la jerarquía católica sino del sentimiento religioso popular. Entendemos, pues, al catolicismo como un valor portador de civilización latina, valor que al favorecer las formas más que el contenido, el gesto más que la conciencia se revela como síntoma de una profunda tolerancia espiritual.

III Los valores

"Ha llegado el momento de volver al ideal epicúreo y humanista del Mediterráneo. Si los nórdicos han sabido producir, los mediterráneos saben consumir¹². El arte de vivir no se improvisa, no basta ser rico para practicarlo: es menester sabiduría, solera, sutileza y una larga historia, calidades que los nuevos ricos no poseen", señala Luis Racionero. La civilización latina cuenta sin embargo con este valor fundamental, y fundante de nuestra tradición: el arte de vivir.

Es frecuente pensar que la calidad de vida se encuentra en relación causal con el aumento de producción. Esta idea harto

¹¹ Recuerda uno de los autores que en el año 1986 asistió a un seminario de la señora Jane Kirkpatrick (representante de los Estados Unidos en las Naciones Unidas y asesora privilegiada del presidente Reagan) en la Georgetown University de Washington. Ante un auditorio de estudiantes latinoamericanos explicó que el principal obstáculo en las buenas relaciones entre los Estados Unidos y América Latina era la diseminación de la "teología de la liberación". El remedio propuesto por la especialista contra dicho "mal" fue el de facilitar la exportación de sectas de tipo carismático que permitiesen desviar la labor emprendida por ciertos sacerdotes demasiados comprometidos con las cosas de este mundo. Cuando una religión deja de ser el opio de los pueblos es necesario inventar otra que cumpla la misión.

¹² Es necesario señalar que el término consumo es aquí utilizado por el autor no en el sentido que anteriormente criticábamos sino en tanto que gasto, derroche, dilapidación de tiempo y de palabras, podemos entender consumir como devorar tiempo, como vivir sin la coacción de productividad alguna.

extendida es fruto de un análisis puramente cuantitativo. No por que los hombres vivan más años en los países ricos viven mejor. No se trata de agregar años a la vida sino vida a los años. No por que mejore la capacidad de consumo se acrecienta la capacidad de liberarse del trabajo y estar ocupado en algo deseable en sí. La mayor disponibilidad económica no trajo consigo una mayor disponibilidad de tiempo. Los nuevos ricos aprendieron que el tiempo es dinero y que la mejor manera de ocuparlo es trabajando. El tiempo se tecnifica y, de alguna manera, se fosiliza. Han hecho del arte de vivir tiempo de trabajar. Frente a la vida contemplativa, a aquella que los griegos consideraban como la más querida por los dioses, el Norte impuso la vida de la acción y de la praxis. La mayor vergüenza para un bárbaro es no sentir que está trabajando y necesita constantemente hacer ver a los demás que le falta tiempo a causa de la excesiva labor. La eventual situación de desempleo lleva a muchos jóvenes del Norte a estados de auténtica neurosis obsesiva. No se trata de la angustia que pueda suscitar una falta de medios que permitan la subsistencia -el "Estado de bienestar" asegura a los ciudadanos de los países centrales un ingreso mínimo para vivir- se refiere más bien a una dimensión identitaria. Estar sin trabajo no es necesariamente estar sin dinero, no tener medios; es sobre todo encontrarse disminuido, es dejar de tener un lugar en la sociedad de producción-consumo.

a) El ocio como *"être au monde"*

Si durante los últimos años se centró la atención en los fenómenos de producción hoy se da particular interés al indicador calidad de vida. Para nosotros, latinos, resulta inimaginable que exista una nueva neurosis denominada workholic (alcohólicos del trabajo). Muchos hombres de negocios y miembros de la pequeña burguesía del Norte sufren de dicha enfermedad. No toman vacaciones y si las toman van a la playa con su ordenador para seguir trabajando. Este tipo de fenómenos sólo puede emerger en culturas que articulan el sentido de la existencia humana en

torno al trabajo. El hombre del norte se define no tanto en relación con lo que es sino más bien con la labor que desempeña.

La civilización latina utilizaba un término a nuestro entender harto significativo para referirse al trabajo: *negotium*. La expresión negocio resulta de la adhesión de la partícula negativa, *neg*, al acto que definía el estado civilizado del hombre, a saber, el ocio, *otium*. Ninguna otra lengua define el trabajo como la negación del ocio pues otras culturas han entendido al trabajo como un valor en sí y no a la manera de los latinos como un estado de necesidad y hasta de sacrificio¹³. Aristóteles señala en *La Política* que "los espartanos fueron fuertes mientras estuvieron en guerra, pero, tan pronto como adquirieron un imperio, se vinieron abajo. No sabían como emplear el ocio que trajo consigo la paz"¹⁴. Fenómenos semejantes se producen hoy día en los imperios del Japón, Estados Unidos y Alemania. El trabajo da, a una gran mayoría de individuos de estas tierras, un sentido a la existencia. Son porque trabajan y en cuanto dejan de trabajar dejan de ser¹⁵. La vida sin trabajo

¹³ Recordemos la etimología del verbo trabajar, "trebajar" en latín vulgar, es decir "tripaliare", término que proviene de "tripalium", instrumento de tortura compuesto con "tres" "palus".

¹⁴ Aristóteles, *Política*, II, 1271b. Citado por Sebastián de Grazia, *Tiempo, Trabajo y Ocio*, p. 1.

¹⁵ El famoso "milagro japonés" es a nuestro parecer el ejemplo más acabado de barbarie. El reglamento de la *Nissan Automobile Company* reza, entre otras cosas, que: "La responsabilidad constituye la espina dorsal del trabajador, y la responsabilidad se basa en: a) trabajar a fondo; b) trabajar activamente, y c) trabajar concientemente". Los manuales dedicados a la formación ideológica de los trabajadores se encuentran salpicados con expresiones como las que siguen: "Tras dejar la escuela y haber encontrado trabajo en una empresa, llega un momento, después de dos o tres años, en que uno comienza a cansarse del empleo... Pero resulte o no agradable, uno debe hacer el trabajo que tiene que hacer. Se necesita perseverancia..., aquellos en los que no se puede confiar tienen que ser despedidos por la empresa". En los manuales distribuidos por el sindicato pueden hallarse comentarios de este tono: "Mientras eres un buen empleado haciendo tu trabajo, lo más importante es estar orgulloso de pertenecer al sindicato de la *Nissan*. Nuestro objetivo es la estabilidad y prosperidad de la empresa. Consiste en llevar alegría y una vida mejor a aquellos

deja a muchos hombres sin objetivos y sin identidad. Pero si los puritanos viven para trabajar, los epicúreos trabajamos para vivir. A la cultura del trabajo que se nos pretende inculcar debemos responder con una postura propia a la civilización del "negocio", del no-ocio. Definir al trabajo como negocio permite mantener como elemento central del término al ocio: estado ideal de los seres humanos civilizados. No debemos bajo ningún concepto confundir ocio con diversión o recreo ya que estos son necesarios a causa del trabajo. Esta confusión ha permitido crear una "industria del ocio" desnaturalizando el sentido de esta actitud. Aristóteles en la *Ética nicomaquea* nos dice que el fin de estar ocupado debería ser únicamente el conseguir el ocio¹⁶. La felicidad para el estagirita sólo puede aparecer en el ocio y ésta es la base de la vida del hombre libre. Existe así una relación directa entre el ocio y la libertad. Lamentablemente, el predominio del trabajo en nuestra era ha hecho que se descuidaran estos aspectos. Las campañas políticas de los líderes de los principales países están dedicadas práctica y exclusivamente a la cuestión laboral. Nunca hemos oído hablar tanto de desocupados como en los países más prósperos y donde existen seguros de desempleo. Al centrar la preocupación política en el trabajo el Estado hace del individuo desempleado un ser sin identidad. Al no ser el ocio el que trae consigo la libertad -en tanto que tiempo disponible para ocuparlo en lo deseable en sí, en lo que apetezca- sino el trabajo, las sociedades desarrolladas tergiversan el sentido del ocio y de la libertad. El ocio se transforma, de esa manera, en simple recreo y diversión cuya finalidad consiste en permitir reponer energías para la "digna actividad": el trabajo. La libertad ya no es la de dejar hacer lo que apetezca al ciudadano sino de crear una industria del ocio al servicio del consumidor.

que aquí trabajan, ofrecer más ventajas al consumidor y facilitar a la sociedad más y mejores vehículos". (Halliday y Mc Cormack, *El Nuevo Imperialismo Japonés*, Siglo veintiuno, primera edición española 1975).

¹⁶ Aristóteles, *Ética a Nicomaco*, X, 1776b.

Del lugar que ocupe el ocio y el trabajo en una sociedad podemos inferir el grado de libertad con el que la misma sociedad cuenta. Aunque, en realidad la vida de ocio no necesita justificarse ante el Estado, esta justificación le quitaría su atributo principal, es decir la libertad. La ética del ocio, en tanto que ideal de libertad propio del espíritu mediterráneo, ha sido eclipsada por una ética del trabajo que desde el Norte amenaza con convertirse en una ética hegemónica.

b) Etica protestante o estética barroca

Como lo analizó finamente Max Weber la ética protestante se encuentra en el origen del espíritu del capitalismo. La religiosidad tomó en el Norte un matiz de sobria laboriosidad. El trabajo pierde así la idea originaria de castigo para convertirse en el principal valor de la vida individual y social. Pero, ¿qué tenemos que ver nosotros con ese proceso? Recordemos que al mismo tiempo que se consolidaba el puritanismo austero en el Norte, en el Sur la religiosidad tomaba visos de delirio místico. A la rigidez calvinista el Mediterráneo opone la voluptuosidad del barroco. Al trabajo, el éxtasis, a la disciplina y el auto-control del Norte, la desmesura y la pasión trágica sureña.

Como señala Racionero "la mística no fue en absoluto puritana: una mística sensual y apasionada, agitada por ardores y arrebatos, cauterios suaves y deliquios amorosos, donde se rompe la tela del dulce encuentro, propicia a estatuas de Bernini y poemas de san Juan de la Cruz. La irrealdad del cristianismo europeo, que pone su objeto en el cielo, reviste dos formas completamente diversas al interpretarse en el Sur o en el Norte: aquí el misticismo, allá el puritanismo. Unos buscan el transporte psicológico místico para gozar la unión con el Amado, otros el esfuerzo material cotidiano para congraciarse con el Dios austero. De los místicos nace el Romanticismo, de los puritanos el capitalismo, reacciones opuestas -una idealista, la

otra materialista- al mismo callejón sin salida en que se precipitó la cultura occidental desde que abandonó la naciente síntesis del Renacimiento". Recordemos que este período de la historia aseguró la vigencia de la tolerancia, la convivencia y la negociación permanente entre las ciudades-estado italianas a pesar del mantenimiento de sus rivalidades mercantiles que otorgaron la base material al extraordinario mecenazgo. El prestigio de estas ciudades no se medía en la producción de paños sino en la creación artística. El resultado no fue una copia de la *sacrosancta vetustas*, sino una recreación donde la ciencia y la filosofía no alcanzaron el nivel desarrollado en la Antigüedad, que en cambio fue superado por el conjunto de las artes visuales. La imaginación sensual ocupó el cénit del Renacimiento y dio la base para el florecimiento del manierismo y el barroco.

Si la ética protestante permite definir el carácter nórdico, la estética barroca representa la mentalidad del Sur. La ética protestante y particularmente el calvinismo favorecieron la cultura del ahorro y de la racionalidad productiva. La estética barroca se opone a esta visión conservadora y mezquina favoreciendo la desmesura¹⁷. Como señala Severo Sarduy "ser barroco hoy significa amenazar, juzgar y parodiar la economía burguesa, basada en la administración tacaña de los bienes, en su centro y fundamento mismo: el espacio de los signos, el lenguaje, soporte simbólico de la sociedad, garantía de su funcionamiento, de su comunicación. Malgastar, dilapidar,

¹⁷ Sólo un pueblo mediterráneo como el valenciano puede generar fiestas populares como las Fallas. Fiesta barroca por excelencia donde la abundancia, el color y la desmesura se cierran con la quema del escenario. Cuando se le pregunta a un valenciano para que gastar tanto dinero en armar esas enormes esculturas que se incendiarán tres días más tarde responderá para nada, para jugar. Esta repetición de la cosa inútil caracteriza al barroco. Es juego en oposición al trabajo. La exclamación infalible que suscita la catedral de Zacatecas, toda capilla de Churriguera, toda obra de Aleijadinho, todo poema de Góngora es ¡Cuánto trabajo inútil, cuánto esfuerzo sin funcionalidad! Regodeo, placer, desmesura y voluptuosidad caracterizan el espíritu del barroco, exaltación erótica del ego del *homo ludens* por antonomasia.

derrochar lenguaje únicamente en función del placer -y no, como en el uso doméstico, en función de información es un atentado al buen sentido, moralista y "natural" -como el círculo de Galileo- en que se basa toda la ideología del consumo y la acumulación. El barroco subvierte el orden supuestamente normal de las cosas, como la elipse -ese suplemento de valor- subvierte y deforma el trazo, que la tradición idealista supone perfecto entre todos, del círculo"¹⁸. A la "ética protestante y el espíritu del capitalismo" el Sur opone la estética barroca y el alma del derroche.

c) Memorias del *Mare Nostrum*

Coherente con la mentalidad utilitaria impuesta por los anglosajones, Occidente busca respuestas tecnológicas a profundos problemas culturales. No es, sin embargo, este espíritu utilitario que nos molesta sino su extensión y generalización más allá de las fronteras bárbaras. Tanto en América Latina como en Europa Mediterránea el utilitarismo ha triunfado, al menos en la carga de culpabilidad que pesa sobre nuestros pueblos. Pensamos aquí que la mayoría de nuestros problemas son producto de una deficiente y tardía modernización. Explicamos ciertas carencias a partir de la ausencia de una revolución industrial y un estadio estructural pre-capitalista. Pero nos olvidamos que el Sur fue generador de revoluciones mucho más profundas. En lo filosófico fueron las cálidas tierras del Mediterráneo las que inventaron el *logos* y con él la especulación. Desde el Sur se organizó un orden jurídico sin precedentes¹⁹. Fue en el Sur donde se produjo

¹⁸ *Ensayos generales sobre el barroco*, p. 209.

¹⁹ La forma más arcaica es la Ley de las XII tablas del siglo V a. C. Entre los siglos II a.C. y II d.C. se produjo una amplia renovación que culmina con la compilación justiniana que habría de inspirar a todos los modelos jurídicos de Oriente y de Occidente.

la revolución cultural del siglo XV²⁰, la revolución política vio su nacimiento en Francia²¹ y quizá la más increíble revolución que conoció Europa fue pergeñada desde España y Portugal : el encuentro con América²².

Pasando a aspectos aparentemente más banales, si consideramos la dimensión gastronómica, por ejemplo, tanto el Mediterráneo como América han sido generadores de profundas revoluciones. Las técnicas de la agricultura, el trigo, las vides, el olivo, la higuera, las frutas, legumbres y flores irradian desde el Mediterráneo sus aromas y sabores a toda Europa. El café, el maíz, las patatas y el cacao de América enriquecen de tal forma la cocina europea que nos resulta hoy día inimaginable un buen plato sin esos elementos. El desarrollo de las artes ha sido característica sobresaliente del área mediterránea pero por sobre todas ellas el "arte de la mesa". Valor importantísimo y expresión de la cultura latina continúa siendo el "buen comer" y el "buen beber". Si, como señala Levy-Strauss, el rasgo que caracteriza a lo humano es el comer cocido, podemos decir que la humanidad nació en una cocina. Dime como comes y te diré quien

²⁰En efecto el Renacimiento significó una ampliación de los horizontes geográficos, históricos e intelectuales sin precedentes.

²¹ Nótese que el término "revolución" adquiere difusión en el siglo XVIII con el apogeo de la filosofía iluminista.

²² Para Europa, al interior de sus fronteras, América representó un desafío mayor. Por un lado fue necesario repensar todo el sistema político y jurídico a fin de poder aplicar las formas de control y administración más convenientes. Las necesidades prácticas plantearon a su vez un problema más profundo. En efecto, los elementos conceptuales del Viejo Mundo se confrontaban con una realidad inimaginable, de allí que fuera necesario cuestionar el statu quo europeo. Ha sido éste el aporte mayor y el menos analizado. Europa se vio obligada a enfrentarse con la alteridad, y el otro (América) la obligó a realizar un esfuerzo intelectual rico en consecuencias. América, accidente y ruptura mayor, representó así el aporte más importante para la continuidad de una identidad europea. Europa conquistó América pero fue a su vez conquistada por ésta en el sentido que llevó al "centro del mundo" a superar el narcisismo en que hasta entonces se encontraba.

eres... Las formas, los ritos, las liturgias de la alimentación revelan el grado de civilización de las sociedades. El placer de la mesa es además del deleite gastronómico, placer de estar juntos, de compartir. "Salvaje quien duerme avaro y mata el hambre de pie" dice la poetisa²³. Qué grado de civilización puede ostentar una cultura donde las gentes no tienen tiempo para comer, donde cotidianamente se "traga" un menú (en los países más desarrollados se trata por lo general de hamburguesas o salchichas) y además se lo hace solo. Si más desarrollo implica menos sobremesas debiéramos plantearnos seriamente el sentido que le damos al término desarrollo.

Innumerables son los aportes de Europa Mediterránea a América Latina. Además de los antes enumerados, sería injusto dejar de señalar la influencia del pensamiento francés en los procesos libertarios de Iberoamérica. En lo político, el modelo republicano inspiró la emancipación del subcontinente y el Código Napoleón fue la base de la nueva cultura jurídica de las jóvenes

²³ María Elena Walsh expresó en un poema, "Sábana y mantel", lo que a nosotros nos llevaría cientos de páginas. Nos permitimos transcribirlo íntegramente pues ella dice bien y bello lo que nosotros intentamos esbozar en este artículo:

Son trapos de ser humano
si humano lo dejan ser,
sencilla gala de pobre
y no lujo de burgués,
que se puede tener mucho
pero no tener con quién.

Sábana y mantel.

El hijo de la intemperie
los teje más de una vez
y puede con hoja verde
adornar su desnudez.
Salvaje quien duerme avaro
y mata el hambre de pie.

Sábana y mantel.

No te los dan en la cárcel.
Y por más que te los den
en el destierro, no suelen
aliviar sueños ni sed
porque no saben la historia
escrita sobre tu piel.

Sábana y mantel.

Uno manchado de vino
que señal de gozo es,
y la otra humedecida
con rocío de querer,
que no falten a nadie
en este mundo tan cruel.

Sábana y mantel.

naciones. Pero América Latina es testigo también del buen gusto francés. En lo arquitectónico el ejemplo del barón Haussmann fue reelaborado en las grandes ciudades. Como no encontrar algo de París al visitar los parlamentos de Montevideo y Buenos Aires o el palacio de bellas artes de México, el teatro Colón de Buenos Aires y el Municipal de Rio o al pasear por las avenidas de Arequipa en Lima, de Bolívar en Caracas y por los jardines bonaerenses de Palermo.

Así, los aires de renovación, de renacimiento han tenido su origen en el Mediterráneo y en su prolongación cultural: América Latina. Es necesario remarcar que esta renovación, si bien con contenido económico, tenía su razón de ser en cuestiones profundamente vitales. Un trasfondo mítico, que subsiste hasta el día de hoy, alimentaba las aventuras del Norte hacia el Sur. Era allí donde los dioses encontraban tierras aptas para vivir más placenteramente y si el dominio romano fue aceptado, como sostiene Braudel, "¿no fue porque los jefes de las aldeas levantadas a lo largo de los ríos, en los bordes de los bosques y de los pantanos, lo esperaban, sabiendo como sabían que los legionarios traían consigo el vino, el pan, los juegos y todos los placeres de la vida? Y si Roma, al cabo de algunos siglos, cedió fue por haber cumplido demasiado ampliamente su papel civilizador, y diseminando por todas partes las parcelas de la herencia cultural mediterránea, por haber lanzado en las fronteras que vigilaban sus guarniciones ese cebo que puso en marcha a las tribus exteriores que les infundió el coraje para vencer los obstáculos, ese espejismo de dicha: su cultura"²⁴. ¿Cuál es la cultura que podemos esperar en la actualidad de los nuevos imperios? Más allá del eficientismo tecnológico y los catecismos económicos del Norte, no podemos esperar nada. Por el contrario, el Sur debe recuperar su posición civilizada y desarrollarse sin traicionar su atributo principal: la cultura Mediterránea con toda su prodigalidad, su humanismo tierno y libertino, charlatán, generoso y devoto.

²⁴Fernand Braudel, *El Mediterráneo. Los hombres y su herencia*, p. 164.

La enorme capacidad técnica de Occidente no va acompañada de una evolución humana. La cultura tecnocrática tiende a exportarse en detrimento de la civilización. Notemos que el término civilización proviene del vocablo latino *civitas*, ciudad; civilizado, nota Racionero, "es el habitante urbano, que por roce y convivencia con otros ciudadanos ha domado -decía Sofocles- el salvajismo y hecho gentil la vida en el mundo. Inmerso en el contacto diario, el ágora y mercado, participando del drama y diálogo que suceden espontáneamente en el conglomerado urbano, el hombre encuentra en la ciudad encrucijada y depósito, cruce de ideas y almacén de medios; en ella se aprende el trato humano, la cortesía y el diálogo: su lema es variedad e intercambio, de ella nacen la libertad y el invento"²⁵.

La India, la China, el Mediterráneo y América Latina contaban con ciudades cuando el resto del mundo era un conglomerado de clanes. Piénsese que los países considerados hoy desarrollados y profetas de la tecnología han constituido núcleos urbanos desde hace apenas seiscientos años. Podríamos decir que pasaron de la tribu al capitalismo. Desde el siglo V antes de Cristo y cientos de años antes de la llegada de los españoles, el Mediterráneo y América del Sur eran respectivamente portadores de civilización.

Nos preguntamos si aquellos que se estresan hoy en las ciudades del Sur no han sido víctimas primero de los valores del Norte, si no han privilegiado, al decir de Fromm²⁶, el "modo de tener" antes que el "modo de ser". Es decir, si no han ubicado el horizonte de su felicidad en la acumulación de bienes antes que en su realización personal. Al depositar casi todas sus energías en la producción han frustrado extensas posibilidades de su personalidad. Se han estereotipado hasta en sus dolencias: úlceras e infartos.

²⁵ Luis Racionero, *El Mediterráneo y los bárbaros del norte*, p. 21.

²⁶ Fromm, E., *To have or to be?* 1976. Traducción al español: *¿Tener o ser?*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978.

A la cultura del trabajo propuesta por el Norte, el Sur opone una civilización del ocio, no en el sentido de una forma particular de organizar el tiempo libre (industria del ocio) sino en "tiempo para vivir y para soñar" como indicaba Blanchard. Este *savoir vivre* no se adquiere súbitamente, hace falta una tradición que lo sostenga. La latinidad es portadora de esa civilización y tiene mucho que decir. Si desde el Norte se nos trata de perezosos "seamos perezosos en todo, excepto en amar y en beber, excepto en ser perezosos" como predicaba Lessing. Al *homo sapiens* y al *homo faber* ensalzados desde el Norte, opongamos desde el Sur el *homo ludens*, el hombre que juega y se divierte.

d) Del deporte

Que los griegos nos hayan legado, entre otras cosas, las primeras novelas, el arte del teatro, las prácticas deportivas no sólo aumenta nuestra deuda para con ellos. Hemos recibido una magnífica herencia y al parecer la hemos tergiversado. Quizás donde esto resulte más evidente es en las Olimpiadas. Si el deporte en Grecia clásica era consustancial a la juventud, se esperaba que todos participasen de él porque contribuía a hacer mejores hombres y mejores ciudadanos. Ninguna *polis* pensó en apartar un grupo de personas para que fueran sus "especialistas deportivos" y triunfaran en la siguiente competencia, hubiera implicado una violación al "nada con exceso" inscripto en Delfos.

Hoy asistimos a una carrera continua en pos de récords deportivos logrados por gente que dedica toda su vida a un deporte olvidando a veces que es un ser humano. El deporte es su "medio de vida", su trabajo y no ya una forma de ocio. Para el resto de los mortales, sin embargo, el deporte es el trabajo de otros, que ellos se limitan a contemplar en TV, sin preocuparse por mantener la capacidad propia de caminar cinco kilómetros diarios. Y así como se ha olvidado la noción de medida, se olvidó también el "conócete a ti mismo", la otra máxima delfica. A medida que pasa

el tiempo, cada vez parece más riesgoso y revolucionario el acto de pensar. La pasividad lo invade todo. Para el que conserve aún la inquietud de "conocerse a si mismo", se le abrirá la puerta del especialista en eso, el psicoanalista, quien le ayudará a integrarse en la sociedad aceptando su diferencia.

Convertir el teatro o el deporte en algo para pocos ha sido posible por la fragmentación de las solidaridades horizontales. Un campeonato mundial de fútbol no acerca a las naciones que en él intervienen, aunque pueda mover a miles de personas y aumentar los beneficios de las compañías aseguradoras y las agencias de publicidad. Y es que sea un espectáculo para cien mil personas reunidas o sea algo retransmitido por la TV, o un juego electrónico individual, la industria del ocio actual da la espalda a la vincularidad interhumana. Cien mil personas pueden conmovirse (moverse juntos) en un recital de rock, pero a la salida cada uno volverá sin haber establecido un lazo duradero con su prójimo.

No se escuchan voces que cuestionan que lo que se tiene se tiene por mérito y quien no tiene, carece de méritos. No hay ya "compasión" (padecer juntos) y por eso se reduce el espacio para la solidaridad mientras se amplían los espacios para la limosna. Se consiente la promoción del soborno, porque la tarea de la solidaridad no es asumida por cada ciudadano sino que fue delegada a los gobiernos. Estos no se interesan por ayudar a crecer a sus ciudadanos, por eso ya no promueven, sino que su objetivo es evitar que el descontento se torne visible y por eso dan: colchones, tierra, alimentos, licencias de urbanización, exposiciones, que cada uno tome lo que quiera. Mientras esta forma de gobernar subsista, la democracia seguirá vacía. Por supuesto que en América Latina es preferible esta democracia hueca de los '90 a los regímenes militares de los '80, pero no en vano aquella es hija de estos. Por algo las ideas de cambiar todo de los '70 han dado paso a la "revolucionaria" consigna de "comer todos los días" en los '90.

La sociedad de masas, de consumo o tecnológica son producto de una ideología de *parvenus*. Si ella funciona en un universo de valores regido por la producción no puede seguir funcionando en un mundo donde la calidad de vida se convierte en una preocupación central. Las últimas décadas han mostrado en los países desarrollados que ni la mayor producción, ni el aumento del ahorro, ni la lucha por la competitividad aumentan la calidad de vida. Es moneda corriente hablar de *stress* en las grandes ciudades del primer mundo; los tranquilizantes y somníferos se venden por toneladas. Ciudades como Londres, New York, Berlín e inclusive París nos sorprenden con sus gentes apresuradas, sus rostros inexpresivos y la indiferencia de sus miradas. El alto grado de desarrollo económico no refleja una mejoría de la civilización.

La técnica de producción no trae aparejada el arte de vivir. La mentalidad productiva en la que se educan los hombres del Norte no les permite aprehender el elemento esencial de toda educación, aquello que los griegos llamaban *scholé* y que podríamos traducir por ocio. Vale decir tiempo no afectado, libre de toda utilidad, tiempo para estar consigo mismo, para aprender a conocerse para hacer lo que le apetezca. Las expresiones *savoir vivre* o *dolce far niente* no encuentran traducciones en las lenguas sajonas.

Conclusión: de la comunidad de destino a la comunidad de diseño

Si observamos las declaraciones y conclusiones de la II Cumbre Iberoamericana notaremos la preeminencia de una preocupación central de tipo económico. Las cuestiones sociales y culturales aparecen, como mucho, en un segundo plano, cuando no son descuidadas o tratadas con una ligereza lamentable. Los programas más sólidos son el S.E.L.A. (Sistema Económico Latinoamericano), el "Programa Bolívar de Integración, Innovación y Competitividad Industrial" y el "Programa Iberoamericano de Ciencia y Tecnología para el Desarrollo" que junto con los

"Acuerdos de Garantía Recíproca de Inversiones", "la Red de Difusión de Tecnologías Innovadoras" (IBERTEC) o el "Centro Internacional de Patentes de Lengua Castellana" constituyen elementos fundamentales en la actual política de integración. No se trata de cuestionar estas iniciativas, muy por el contrario, consideramos que son importantes y que deben llegar a buen puerto. Queremos simplemente poner de manifiesto el desequilibrio entre estas preocupaciones y las de tipo cultural. Es cierto que se creó un Fondo Iberoamericano para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas o se propuso el Mercado Común del Conocimiento pero estas iniciativas continúan siendo tímidas e insuficientes.

En diversas circunstancias nos hemos visto confrontados con planes de desarrollo económico ("Alianza para el progreso", "Plan Brady", "Iniciativa para las Américas"...) pero estamos de acuerdo en afirmar la inutilidad y fracaso de estas propuestas. Más allá de la existencia o no de una real voluntad política por parte de los países desarrollados de llevar adelante programas eficaces de desarrollo en América Latina, creemos que existe una cuestión más estructural y que está relacionada con las particularidades culturales que expusimos anteriormente. Todos los programas económico financieros propuestos para América Latina fueron concebidos en el Norte. Lo mismo sucede con países como España y Portugal y en menor medida Italia y Francia. Estos proyectos han descuidado un elemento esencial como es la cultura y se han impuesto muchas veces a poblaciones que no participan del mismo universo axiológico que las poblaciones del Norte. Continuar empecinándose en aplicar las mismas recetas no puede llevar más que al fracaso y la frustración. Los planes de desarrollo que vayamos a aplicar en la Europa Mediterránea y en América Latina deben estar adecuados a la visión global de los pueblos del Sur donde la economía no tiene las mismas características ni ocupa el mismo lugar que en el Norte. Llegó, quizás, el momento de aportar nuestra originalidad, de realizar un esfuerzo no ya de trabajo sino de imaginación intentando generar en el Sur una alternativa a la creciente economización y tecnificación de las relaciones humanas. Llegó el momento de

hacer valer nuestro *atout* civilizacional.

Por otro lado la consolidación de la unidad alemana y la futura incorporación de Austria en la Comunidad Europea van a profundizar aún más la atención en los países del Este. Las incorporaciones futuras de los países escandinavos favorecerá aún más el proceso de nortización. Resulta evidente que el rol que jugarán los países del Mediterráneo Europeo se reducirá paulatinamente. La alternativa más deseable, a ambos lados del Atlántico, no puede ser otra que la consolidación de los lazos que a lo largo de nuestra historia han existido. Esto no sólo afirmará la presencia de los valores que los países del Mediterráneo encarnan sino también ayudará a que América Latina salga del proceso de tercermundización que ha llevado en ella a hablar de los '80 como la "década perdida".

Posiblemente nuestra mayor desventaja frente a las ideologías del Norte, radica en que la estructuración de nuestro barroco mundo es mucho menos "clara y distinta" a simple vista que los simplismos que desde allí nos proponen. La gestación de otro ideario que defienda nuestra idiosincracia no puede ser fruto sino de una creación colectiva, porque colectivamente fueron surgiendo nuestros valores en el tiempo y en el espacio. Tal vez debamos retomar la visión humanizante que caracterizó *-in altri tempi-* al Renacimiento, porque sólo así conseguiremos hacer de nuestra tierra un mundo, donde cada uno tenga la oportunidad de ser aquello que quiera ser. Todo ello pone de manifiesto la imperiosa necesidad de crear modelos propios. Así desde el Sur podrían pergeñarse maneras de pensar lo humano que permitan orientar a nuestras sociedades hacia modos de vida más civilizados. Es entonces en una dinámica establecida en la cooperación Sur-Sur que encontramos una estrategia adecuada tanto para el Sur del viejo como del nuevo continente.

Hemos intentado poner de manifiesto el destino común, queda todo por hacer en lo que se refiere al diseño común, al proyecto político al que estamos llamados a participar. Esta comunidad de

sentido, que lejos de ser unitaria se revela múltiple y compleja como el universo barroco en el que vivimos, necesita ser reivindicada, vivida y manifestada. Tanto en América Latina como en Europa Mediterránea -a excepción de Francia- el proyecto de Estado-Nación no consiguió consolidarse. Las realidades regionales están muy presentes y es hoy día más ajustado hablar de Cataluña, Sicilia, Galicia, Toscana o País Vasco que de España o Italia, por ejemplo. Del mismo modo la creación de un sentimiento nacional en los países latinoamericanos es empresa reciente y por momento grotesca²⁷. Así lo que fue considerado hasta el presente como un defecto puede convertirse en una ventaja. En efecto, al superarse la concepción del Estado-Nación y, por medio de procesos de integración, considerar las conformaciones regionales, los países de Iberoamérica y Europa latina encuentran su tarea facilitada. No se trata entonces de afirmar una identidad a partir de sentimientos de pertenencia a una nación determinada sino de compartir una postura ante la vida. La mediterraneidad y la latinidad no se pueden defender como identidades cerradas que remiten a una étnia o a una ideología. Son un actitud, una manera de ser y de estar en el mundo. No es necesario haber nacido en el *Mare Nostrum* para hacer nuestros los valores de tolerancia, prodigalidad, hospitalidad, ocio o ironía que desde las cálidas riberas del Mediterráneo invadieron suavemente las no menos cálidas costas iberoamericanas.

América Latina precisa volver la vista al Mediterráneo. No es tarea difícil ya que ella ha prolongado los valores que, lamentablemente, han sido "museificados" en Europa. Tenemos aún cultura popular. Contamos con valores de una solidez insospechada: sobremesas, boleros, fiestas, horas de café con amigos, sol. No creemos que el tiempo es oro y sabemos entonces derrocharlo, prodigarlo. El vino nos sigue reuniendo y pergeñamos mil y una fórmulas de seducción y amorío. Todo esto pone de

²⁷ Ver Quattrocchi-Woisson, Diana, *Un nationalisme de déracinés. L'Argentine pays malade de sa mémoire*, Editions du CNRS, Paris, 1992.

manifiesto nuestra ventaja principal con el Norte. Tenemos calidad de vida. *Nous savons vivre!*

Bibliografía:

AMIN, S. y YACHIR, F., *La Méditerranée dans le monde, les enjeux de la transnationalisation*, La Découverte, Paris, 1988.

ARIÑO VILLARROYA, A., *El calendari festiu a la València contemporània (1750-1936)*, Col·lecció Politècnica, Alfons el Magnànim, València, 1993.

ASHTOR, E., *Storia economica e sociale del Vicino Oriente nel Medioevo*, Einaudi, Torino, 1982.

BETHEL, Leslie (ed), *Historia de América Latina* (t. II), Serie Mayor, Barcelona, 1990. Ed. inglesa 1984.

BONNASSIE, P., *Vocabulario básico de la historia Medieval*, 1ª edición 1981, Crítica, Barcelona, 1983.

BOURRINET, J., et TORRELLI, M., *Les relations extérieures de la C.E.E.*, Presses Universitaires de France, coll. Que sais-je? Paris, 4ª edición 1992.

BRAUDEL, F. Y DUBY, G. (Ed.), *La Méditerranée. Les hommes et l'héritage*, Flammarion, Paris, 1986.

El Mediterráneo. Los hombres y su herencia, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.

CAROIT, J.-M., "L'initiative pour les Amériques fait des inquiets", *Le Monde Diplomatique*, Paris, setiembre, 1991.

CASSEN, B., "Vers une révolution du travail", *Le Monde Diplomatique*, Paris, marzo, 1993.

- COLECTIVO, *Creatividad Mediterránea*, Instituto de Ciencias del Hombre, Madrid, 1983.
- COLECTIVO, *Iberoamérica, una comunidad*, Ediciones de cultura hispánica, Madrid, 1989.
- COSTEDO, L., *Historia del arte Iberoamericano, precolombino y el arte colonial*, Alianza, Madrid, 1988.
- CHAUNU, P., *Conquista y explotación de los nuevos mundos*, Labor, Barcelona, 1ª edición en español 1973, (ver especialmente el capítulo 6 de la 2ª parte).
- DIAS, J., *Os elementos fundamentais da cultura portuguesa*, Colecção essencial, Lisboa.
- DOMINGUEZ ORTIZ, A., *El Antiguo Régimen: los reyes católicos y los austrias*, Alianza, Madrid, 1978 (5ª edición).
- DUJOVNE, Alicia, *María Elena Walsh*, Jucar, col. Los Juglares, Madrid, 1982.
- DUMAS, Marie-Lucy, *Méditerranée occidentale sécurité et coopération*, Fondation pour les Etudes de Défense Nationale, Paris, mai 1992.
- FERNANDEZ BUEY, F., "Bartolomé de las Casas: el discurso del indio metropolitano", *CuatroSemanas y Le Monde Diplomatique*, Barcelona, febrero 1993, pp. 38-39.
- FUENTES, C., "Nous sommes tous des immigrants...", *Le Monde Diplomatique*, Paris, febrero 1993.
- GALEANO, E., "Etre comme eux", *Le Monde Diplomatique*, Paris, octubre, 1991.
- GALLO, M., "1492-1992 l'histoire par la glaive", *Le Monde*

- Diplomatique*, Paris, abril, 1992.
- GRAZIA, de, S., *Tiempo, Trabajo y Ocio*, Tecnos, Madrid, 1966, traducido del inglés por Consuelo Vazquez de Praga.
- GIL CALVO, E., *Estado de fiesta*, Espasa-Calpe, Madrid, 1991.
- HALPERIN DONGHI, T., *Storia dell'America Latina*, Giulio Einaudi, Torino, 1969.
- HUIZINGA, J., *Homo ludens*, Scholvinck, 1954. (traducción al español, Emecé, Buenos Aires, 1968).
- LAFARGUE, P., *El derecho a la pereza*, Ed. Fundamentos, Madrid, 1973.
- LEMOINE, M., "Ambiguïtés du Cinquième centenaire", *Le Monde Diplomatique*, Paris, febrero 1993.
- LYNCH, J., "El siglo XVIII", *Historia de España XII*, Crítica, Barcelona, 1991.
- Memoria de la *Segunda cumbre Iberoamericana*, Ministerio de Asuntos Exteriores de España, Madrid, 1992.
- MORIN, Edgard, *Penser l'Europe*, Gallimard, Paris, 1992 (2ª edición).
- MOSCATI, S., BUCCI, O., CARDINI, F., BOUMAZA, R., BUTTIGLIONE, A., CHOURAQUI, GHRAB, S., RICCI, F., TALBI, M., *El Mediterráneo otra vez: por una cultura del encuentro*, Encuentro Ediciones, Madrid, 1985.
- ORO, L. y SEBASTIAN, J., *Los sistemas de ciencia y técnica en Iberoamérica*, Fundesco, Madrid, 1993.
- PANOFSKY, E., *Renaissance and Renascences in Western Art*,

- Almqvist & Wiksell/Gebbers Förlag, AB, Stockholm, 1960. Traducción al español: *Renacimiento y renacimientos en el arte occidental*, Alianza, Madrid, 1975 (1ª edición).
- PEDRO I GARCIA, F., *Ocio y Tiempo Libre: ¿para qué?*, Ed. Humanitas, Barcelona, 1984.
- RACIONERO, L., *Del paro al ocio*, Anagrama, Madrid, 1983.
- RACIONERO, L., *El Mediterraneo y los bárbaros del norte*, Plaza y Janés, Madrid, 1987.
- REYES MATE y NIEWÖHNER, F. (Eds), *El precio de la "invención" de América*, Anthropos, Barcelona, 1992.
- ROMERO, J.L., *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1976.
- ROSANVALLON, P., *Le libéralisme économique, histoire de l'idée de marché*, Seuil, Paris, 1989.
- RUIZ, D., *La mujer que mira*, Biblioteca filológica, Barcelona, 1986.
- SABATO, E., "A propos de la découverte de l'Amérique. Qu'est-ce que l'identité d'une nation?", *Le Monde Diplomatique*, Paris, Noviembre, 1991.
- SARAIVA, A. J., *Iniciação na literatura portuguesa*, Publicações Europa-América, Lisboa, 1984
- SARDUY, Severo, *Ensayos generales sobre el barroco*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 1987.